



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 25 DE OCTUBRE DE 2020

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

Las casas: sus ruidos y silencios

LA QUEMA
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

¿Ves las tres casas dentro de aquel predio? Déjame te cuento algo: eran las de la madre y sus dos hijos: el taxista y Lorena. Tú la conociste a ella, la contadora a la que le gustaba bailar, de la que siempre estuve enamorado, por eso te cuento ahora: la historia desde que la desdicha se le vino encima. Fue un diez de mayo. Lorena había acordado salir con su madre a comer para celebrar el día. Tocó y tocó a la puerta rosa, pero nadie le abrió. Tuvo que regresar a su propia casa, por las llaves, e ingresar a casa de su madre. La encontró muerta, sentada en un sillón frente al televisor.

Los paramédicos dijeron que había fallecido un par de horas antes. La madre había desarrollado varios talentos de joven, bailarina y cantante profesional; pero ninguno fue su especialidad como, sí, la cocina. Al parecer murió de un susto. Dicen que hubo una pelea una noche antes, con el hijo. El hombre, de unos treinta y cinco años, le causaba problemas, por aquellos en los que él se metía con frecuencia: dicen que, haciendo trabajos especiales, trayendo y llevando gente muerta.

Supe por Lorena que él sufría de esquizofrenia: en varias ocasiones estuvo internado. Yo lo conocí personalmente y era muy voluble. Dios sabe con quién se metía, pero había días en los que no regresaba a su casa: aquella que ves, café con amarillo. Dejaba sin comer a su propio perro, que luego se le escapaba y se andaba tragando las gallinas de los vecinos. Era un San Bernardo; enorme y color café rojizo con blanco. Lorena era quien a veces tenía que darle agua al animal y amarrarlo, cuando su hermano desaparecía.

De aquel diez de mayo a la fecha, ha sido un tiempo muy triste para Lorena. Desde entonces se le ve caminar muy lentamente; incluso antes de que sucediera lo del hermano, el año pasado. La señora que le ayudaba con la limpieza contaba que la casa de su madre comenzó a desgastarse muy rápidamente, desde su muerte; que por eso nadie ha querido comprarla. La gente que viene a verla se va huyendo, diciendo que está embrujada y sobrealvalorada. La única familia que un día llegó a interesarse en ella fue una que la miró muy al principio; pero a las dos semanas, cuando regresó para acordar los detalles de compra con Lorena y su hermano, se echó para atrás: notó que las paredes se corroían con hongos enormes y el piso desprendía un hedor a pescado crudo; y que el lugar estaba helado como témpano, a pesar de que ya estaba comenzando el verano.

Un día que yo entré a la casa de la madre, porque Lorena me había contratado para arreglar una tubería, noté que ahí no olía precisamente a encierro seco, sino a estiércol mojado, a podredumbre de ratas gordas, destripadas. Y el olor no desapareció: ni arreglando la cañería. Cuando Lorena abrió las ventanas, solo un poco del aroma se disipaba, siempre quedaban en el ambiente rastros de vegetales amargos echados a perder.

Antes, a mí me daban envidia los novios de Lorena. Deseaba ser uno de ellos para acercarle los labios como ellos



la besaban. Me gustaba imaginarme joven otra vez, sosteniéndola entre mis brazos como las ramas de los árboles mecen a los pájaros. Pero cada vez que yo entraba a casa de su madre para hacerle algún arreglo, mis deseos por Lorena desaparecían y solo sentía, lo confieso, bastante asco por ella y por quien fuera que estuviera adentro de esa casa, incluso por mí mismo, que me impregnaba de un olor a muerte. Luego me enteré de que el hermano de Lorena había dejado de dormir en su propia casa y se había mudado a la de la madre, ¡con ese olor!

Entonces vino otro diez de mayo, un aniversario luctuoso más. La hija de Lorena pasó por ella a eso de la una de la tarde, bajó del auto y notó que, en la casa de la abuela y en la casa del tío, las puertas estaban abiertas. Pero no se encontraban ahí: ni el taxi, ni el San Bernardo. La hija presintió que algo no estaba bien y lo comentó con su madre; pero Lorena quiso ignorarlo. No quería acercarse, ni decirle al hermano que iba a comer con su hija, no fuera a ser que se le pegara, siendo tan voluble y de tan mal genio.

Hija y madre salieron a comer un par de horas y cuando regresaron, las puertas seguían igual. Entonces, Lorena tuvo el mismo mal presentimiento, sintió como si una de sus piernas ardiera en una hoguera. Le llamó a una amiga abogada y aquella le mandó un auto de policía. “¿Existe otra manera de entrar que no sea por el frente?”, le preguntó el oficial. Lorena le dio indicaciones para ingresar por la cocina. El hombre no tardó mucho, salió de la casa vomitando, salpicándose hasta los zapatos. “Ni entre, señora”, le advirtió el policía.

Lorena tuvo que reconocer el cuerpo de su hermano en la morgue. Había sido asesinado con violencia. Libros tirados, platos y vidrios rotos en el piso, sangre en las paredes, cuchillazos. Pero Lorena

no escuchó nada. Y nunca aparecieron: ni el taxi, ni el perro. Y por eso Lorena ha tenido que irse a rentar un cuarto, porque la policía le prohíbe entrar a las casas hasta que no acaben las investigaciones.

Los olores han empeorado. Ya no provienen únicamente de la casa rosa, sino también de la del hermano. La policía ha constatado que el olor no desaparece, aunque el cuerpo haya sido trasladado. Buscan y buscan, y no encuentran nada. Como si la tierra debajo de las casas estuviera siendo fermentada por bacterias. En el pueblo dicen que es porque las viviendas fueron construidas con dinero mal habido: el del seguro, cuando murió el padre. Siempre se ha dicho que fue envenenado a través de la comida, por la madre y su hijo, quien heredó la locura de ella.

Lo cierto es que los pobladores ya están pensando en una de estas noches, aprovechar que Lorena no está, para prenderles fuego a los inmuebles. El olor se está extendiendo a toda el área, y ni modo que las gentes vayan a tener que abandonar sus propias casas. Por eso te platico, para ver si tú, que eres más valiente, puedes avisarle a Lorena. Yo no me atrevo a contrariar al pueblo.

LA CALLE DEL SILENCIO

OLGA DE LEÓN G.

Nunca pensé que podría comprar una casa por esta zona. Siempre me gustó. Me imaginaba viviendo y respirando aire limpio y con esta hermosa vista de los cerros, y los frondosos árboles en los patios de los vecinos.

Bueno, tengo que decirle que la casa que la llevo a ver, está al final de la colonia, donde ya no hay viviendas en dos cuerdas a la redonda. Esa parte se estancó, nadie compró más terrenos allí; y las pocas construcciones que empezaron a edificarse, hace diez años,

ninguna se concluyó, excepto la que le mostraré. Nunca regresó la gente contratada para trabajar en ellas. ¿Sería por las crisis recurrentes?, pregunté.

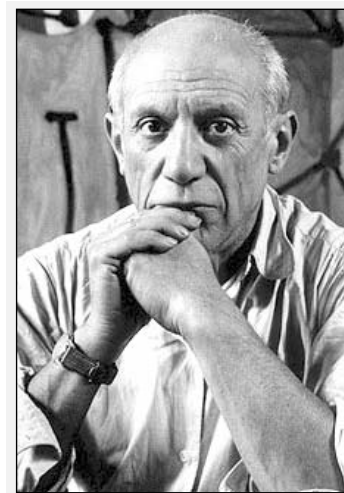
El vendedor no me contestó. Pero, yo no desistí de comprar en esa cuadra, aunque fuera la última de la colonia.

Dos meses después, comencé a habitar la casa con mi par de perritas. No tenía muchos muebles aún, así que tardaría en llenar los espacios vacíos. Disfrutaba imaginándolos amueblados, tanto como cada rosal y geranios que compraba y sembraba en el patio. Para el frente reservé un buen espacio para un árbol grande que creciera en tres o cuatro años, y para entonces pondría un juego de mesita, sillas y una mecedora.

Mas, un día, después que el sol se metió y la luna apareció, estando en la salita, escuché ruidos como de fierros y madera que son arrastrados. Me asomé por las ventanas y nada vi. Volví a mi sillón y las perritas corrieron a mi lado, se me quedaron viendo; no supe interpretar lo que sus ojos me decían. Hasta que la más ágil, saltó a mi regazo; mientras, la más viejita y pequeña temblaba sin parar. Compadecida de ella, la levanté y la puse junto a su hermana.

Como los ruidos se incrementaron, y ya no se oía que vinieran de la calle, sino más cerca, dentro de la casa... me levanté, dejando a mis perritas en el sillón para revisar por todos lados. No tardaré, pensé, es una casa pequeña.

Cuando quise volver a la salita, veo a mis perritas ya conmigo. Y, la casa no existía. Casi me desmayo del susto. No podía ser que todo lo hubiera imaginado, que no tuviera una nueva casa. Pero lo que veía me decía que sí, que era así. Parada en medio de la calle, solo supe una cosa: estaba en la calle más silenciosa del mundo, donde nada ni nadie existía.



Pablo Picasso

(Málaga, 1881 - Moulins, Francia, 1973) La trascendencia de Picasso no se agota en la fundación del cubismo, revolucionaria tendencia que rompió definitivamente con la representación tradicional al liquidar la perspectiva y el punto de vista único. A lo largo de su dilatada trayectoria, Pablo Picasso exploró incasablemente nuevos caminos e influyó en todas las facetas del arte del siglo XX, encarnando como ningún otro la inquietud y receptividad del artista contemporáneo. Su total entrega a la labor creadora y su personalidad vitalista, por otra parte, nunca lo alejarían de los problemas de su tiempo; una de sus obras maestras, el *Guernica* (1937), es la mejor ilustración de su condición de artista comprometido.

Hijo del también artista José Ruiz Blasco, en 1895 se trasladó con su familia a Barcelona, donde el joven pintor se rodeó de un grupo de artistas y literatos. En la primavera de 1904, Picasso decidió trasladarse definitivamente a París y establecerse en un estudio en las riberas del Sena.

En la capital francesa trabó amistad, entre otros, con los poetas Guillaume Apollinaire y Max Jacob y con el dramaturgo André Salmon; entre tanto, su pintura experimentó una nueva evolución, caracterizada por una paleta cromática tendente a los colores tierra y rosa (período rosa).

A finales de 1906, Pablo Picasso empezó a trabajar en una composición de gran formato que iba a cambiar el curso del arte del siglo XX: *Les Femmes d'Alger*. En esta obra cumbre confluyeron numerosas influencias, entre las que cabe citar como principales el arte africano e ibérico y elementos tomados de El Greco y Cézanne. Bajo la constante influencia de este último, y en compañía de otro joven pintor, Georges Braque, Pablo Picasso se adentró en una revisión de buena parte de la herencia plástica vigente desde el Renacimiento, especialmente en el ámbito de la representación pictórica del volumen. Las tramas geométricas eliminan la profundidad espacial e introducen el tiempo como dimensión al simultaneizar diversos puntos de vista: era el inicio del cubismo.

Picasso y Braque desarrollaron dicho estilo en una primera fase denominada analítica (1909-1912). En 1912 introdujeron un elemento de flexibilidad en forma de recortes de papel y otros materiales directamente aplicados sobre el lienzo, técnica que denominaron collage. La admisión en el exclusivo círculo del cubismo del pintor español Juan Gris desembocó en la etapa sintética de dicho estilo, marcado por una gama cromática más rica y la multiplicidad matérica y referencial.

Pablo Picasso empezó a interesarse por la escultura a raíz de su encuentro en 1928 con el artista catalán Julio González; entre ambos introdujeron importantes innovaciones, como el empleo de hierro forjado.

El estallido de la Guerra Civil española, preludeo de la Segunda Guerra Mundial, lo empujó a una mayor concienciación política, fruto de la cual es una de sus obras más universalmente admiradas, el mural de gran tamaño *Guernica* (1937).

Convertido ya en una leyenda en vida y en el epítome de la vanguardia, el artista y Jacqueline se retiraron al castillo de Vauvenargues, donde el creador continuó trabajando incansablemente hasta el día de su muerte.

ad pedem literae

Nada está nunca acabado. Basta un poco de felicidad para que todo vuelva a empezar.

Emile Zola

Letras de
buen humor

Siempre traspaso los buenos consejos que me dan. Es para lo único que sirven

Oscar Wilde

Mónica Lavín

El día que murió la música

A María José

Mi hermana y yo solíamos poner el disco una y otra vez. En la carátula: la cabeza de Keith Jarrett con abundante pelo, inclinada hacia adelante en una reverencial intimidad de su cuerpo con el piano. Es el Köln Concert. El Concierto de Colonia, pero le llamábamos por el nombre del disco. No sabíamos nada de la historia de esa grabación, pero nos gustaba que acompañara nuestro apetito de vida en la década de los 70. Lo sigo escuchando con frecuencia porque me vuelve a envolver la cadencia casi letanía de un tema que late en el centro y que se expande y contrae, como una marea plástica, un vaivén entre mirar el cielo y mirarse cuerpo adentro. Me caldea el ánimo y me da melancolía. Hay una sensación de arrebatado y de arullo, y uno puede escuchar cómo los dedos de Jarrett acarician o golpean, toman o abandonan las teclas blanco y negro del piano que lo extiende como si él habitara la caja torácica del instrumento. Ahí está la respiración del músico, algunas exclamaciones, casi el sudor goteando sobre el marfil, revelando un trance singular de

júbilo y asombro. El Concierto de Colonia toca una fibra viva y misteriosa, tan íntima como entonada con la comunión colectiva. Su manera de tocar nos excluye y nos convoca.

Lo escucho en mi memoria y me vuelvo a emocionar como a los 20 años cuando el disco grabado en vivo, en la sala de la Ópera de Colonia, salió a la luz. Cuatro millones de copias vendidas. El jazz y el blues, Schubert, Satie parecen todos convocados en ese punto tan preciso donde las manos y el piano producen lo inefable. El misterio de la improvisación. Keith Jarrett estaba haciendo una gira de conciertos en los que dominaba la improvisación, lo había hecho en Berna, Bérnago, Génova. Llegó desde Zurich a Colonia, cansado por los 600 km recorridos, y dispuesto a encarar el compromiso frente a un auditorio de 1400 personas. La promotora del concierto, Vera Brandes, era una adolescente de 17 años; mucho tuvo que ver su entusiasmo para que el pianista, frente a un piano que no tenía el sonido del Bösendorfer 290 que había pedido, accediera a tocar. Tenía que dar más, así lo pensó mientras intentaba remontar el



sonido metálico del instrumento. Sin embargo, durante una hora y cuarto produjo esa música memorable, quizás el mejor concierto de su historia. Hay un Keith Jarrett después del Köln Concert.

Hace pocos días, Keith Jarrett dio una entrevista en la que reveló que las embolias recientes ya no le permiten más que mover la mano derecha y mal, que agradecía si acaso podía levantar la taza de café; que como consecuencia de ellas a veces ya no recuerda partituras para recrear en el piano. Es una forma de la

muerte para quien, a los 76 años, después de sentir, respirar, estar, comunicar y conmocionar a través del piano, ya no lo podrá hacer más.

Volveré a escuchar el Köln Concert reteniendo el aliento como cuando lo hice por primera vez tomada por su oleaje musical, con pena por las manos que han abandonado al músico y en eterno agradecimiento a Jarrett.

Si no conocen el Köln Concert, dispónganse a escucharlo y entenderán mi duelo.